

se atrajesen en razón directa de su masa é inversa del cuadrado de sus distancias. De este modo los torbellinos resultaban inútiles para explicar el curso de los astros.

La Academia de Ciencias se mantuvo firme partidaria de los torbellinos, pero en su seno hubo ya algunos newtonianos que estudiaban una de las cuestiones suscitadas por la doctrina de la gravitación universal, la de la forma de la tierra. Newton sostenía que ésta era achatada en los polos y prolongada en el ecuador, cosa que los cartesianos negaban fundándose en observaciones geodésicas hechas en Francia y teniendo en su favor la autoridad del director del Observatorio, Jacobo Cassini, hijo de Domingo. En 1735, la Academia decidió enviar una expedición científica al Perú á fin de medir algunos grados próximos al Ecuador y compararlos con las medidas ya tomadas entre los Pirineos y Dunkerque; pero á esto objetaron los newtonianos que los resultados no serían concluyentes si no se enviaba al mismo tiempo otra expedición que midiese el grado más cercano al polo á que pudiera llegarse. Entre los últimos, distinguíase Pedro Luis Moreau de Maupertuis, hijo de Saint-Maló (1) que, después de haber servido como mosquetero, habíase dedicado á las matemáticas y que también había hecho, en 1728, un viaje á Inglaterra, en donde había sido admitido en la Sociedad Real de Londres. Maupertuis formó parte de la expedición que partió para el polo en 1736. El resultado de los cálculos de las dos misiones demostró que la tierra era achatada en los polos.

Maupertuis se atribuyó la gloria del descubrimiento y se hizo retratar, al óleo y en grabado, cubierta la cabeza con un gorro de piel de oso y teniendo entre sus manos un globo cuyos polos achatada. De la noche á la mañana fué el hombre de moda, que los salones se disputaban. También se hizo célebre uno de sus compañeros de misión, Clairaut (2), que, nacido en 1713 y dotado de una precocidad extraordinaria, había sido admitido en la Academia de ciencias en 1731, es decir, cuando contaba sólo diez y ocho años. Fué el más importante newtoniano de Francia y confirmó el newtonismo con su *Théorie de la figure de la Terre* (Teoría de la forma de la Tierra). La causa de esta «filosofía» nueva triunfó cuando Voltaire la hubo explicado al público en los *Eléments de la philosophie de Newton* (Elementos de la filosofía de Newton), uno de los más hermosos libros de vulgarización que se han escrito.

Los matemáticos Maupertuis y Clairaut fueron, con de Alembert, de quien hablaremos en el capítulo de la Enciclopedia, los más grandes sabios franceses de la primera mitad del siglo XVIII. Las demás ciencias, como la física, la química y la historia natural (3), progresaron muy poco. Por lo demás, en toda Europa es este período muy inferior al gran período creador del siglo XVII y durante el mismo los sabios ocupábase solamente en desarrollar las consecuencias de los grandes principios sentados en el anterior, realizando una serie de trabajos individuales cuya coordinación efectuarán los genios que reaparecerán á fines del siglo. Pero en

(1) Maupertuis, nacido en 1698, falleció en 1759.

(2) Clairaut, nacido en 1713, falleció en 1765.

(3) Sólo los dos primeros tomos de la *Historia natural* de Buffón aparecen en 1749; la obra no quedará terminada hasta 1789.

toda Europa siéntese la curiosidad de la ciencia; es aquella la época gloriosa de la Universidad de Basilea en donde brillaron, en las matemáticas, los Bernouilli y sobre todo Euler, el matemático más ilustre del siglo; la época en que las nuevas Academias de San Petersburgo y de Berlín, esta última especialmente después del advenimiento del Gran Federico, comenzaron á rivalizar con la Sociedad Real de Londres y con la Academia de ciencias de París. Esta última trabajó mucho; con sus «misiones», con sus concursos y con los premios que otorgaba, provocó y fomentó el trabajo. Para las ciencias eran la estimación y el respeto de las gentes.

Por esto los escritores más ilustres quisieron ser hombres de ciencia. Montesquieu comenzó por deliberaciones científicas, y antes de pensar en el *Espíritu de las leyes* había proyectado una *Historia física de la Tierra*; y Voltaire abandonó momentáneamente las letras por las ciencias. Sucedió esto durante su estancia en Ciney, en casa de la marquesa del Chatelet, dama la más sabia de todas las de su tiempo, coqueta y que había llevado una vida alegre cuando la Regencia. El rey de Prusia la llamaba Venus-Newton y la señora de Boufflers hizo de ella el siguiente retrato:

Todo le agrada, todo conviene á su vasto genio;
Los libros, las joyas, los compases, los perendengues,
Los versos, los diamantes, el biribí, la óptica,
El álgebra, las cenas, el latín, las enaguas,
La ópera, los procesos, el baile y la física.

Pasábase las noches trabajando y sólo dormía dos horas. Voltaire la imitaba y «se rompía la cabeza contra Newton»; la marquesa le cedió una galería que él convirtió en laboratorio, en el que juntó libros é instrumentos y tuvo preparadores, y del cual no salía sino para cenar; y aun muchas veces hacíase servir la cena entre los aparatos y las esferas. Voltaire estudiaba también química y tomó parte en un concurso de la Academia de ciencias, sobre el problema de la naturaleza del fuego, para lo cual hizo llevar termómetros, barómetros y vasijas refractarias y vivió una temporada entre hornillos y fraguas, pesando el hierro al rojo y el hierro enfriado. Su disertación, aunque no obtuvo el premio, que fué adjudicado á antinewtonianos, no carecía de valor. Voltaire sabía observar y era algo más y algo mejor que lo que decía uno de sus contemporáneos, que le denominaba el «primer hombre del mundo para escribir lo que los demás han pensado.»

Algunos sabios, amigos suyos, le aconsejaban que dejase la poesía por la ciencia. Por un momento ambicionó suceder á Fontenelle; sentía la necesidad de una posición oficial que le protegiera contra los enemigos á quienes había ofendido con sus burlas, y contra aquellos á quienes su espíritu irrespetuoso alarmaba. A pesar de los éxitos de *La Henriade* y de sus tragedias, no pertenecía á la Academia Francesa, en donde le impedía entrar la aversión del rey; y comprendiendo que la Academia de ciencias le habría dado prestigio, intentó todos los medios para ingresar en ella. Hombre de negocios hábil, habíase enriquecido con afortunadas especulaciones, como los suministros de víveres adjudicados á los hermanos París y las empresas de cargamentos expedidos á América. Prestó dinero á ilustres personajes y á miembros de la Academia; pero después que hubo

publicado, en 1741, sus *Doutes sur la mesure des forces motrices et sur leur nature* (Dudas acerca de la medida de las fuerzas motrices y de su naturaleza), trabajo en el que hay apreciaciones exactas sobre un problema que había dividido á Newton y á Leibniz, abandonó el campo, comprendiendo que no vencería. Su decepción le restituyó por entero á las letras: «La superioridad que una física árida y abstracta ha usurpado á las bellas letras, decía á de Argental, empieza á inquietarme... He amado la física mientras no ha querido sobreponerse á la poesía; pero ahora que aplasta á todas las artes, no quiero mirarla más que como á un tirano mal educado y poco comunicativo.»

III. — La erudición (1)

Mientras de esta suerte se manifestaba la curiosidad pública por las investigaciones y los descubrimientos de las ciencias matemáticas y físicas, la erudición francesa perseveraba en su labor, tres veces secular (2). Religiosos y laicos continuaron rivalizando en celo; pero la Academia de Inscripciones comenzaba á prevalecer sobre la Congregación de Saint Maur. Efectivamente, la abadía de Saint-Germain-des-Prés hallábase en decadencia desde que había sido regida por el príncipe abad de Clermont, aquel á quien sus desgracias en la guerra valieron el dictado de «general de los Benedictinos.»

La afición á coleccionar antigüedades de toda clase fué mayor que nunca, siendo el primer coleccionista el monarca, cuyas colecciones fueron administradas, á partir de 1718, por el sabio abate Bignon (3), «bibliotecario del rey» y miembro de la Academia de Inscripciones. A instancias de éste, el Regente hizo trasladar la Biblioteca desde la casita de la calle Vivienne al palacio de Nevers, en donde todavía se halla; y el aumento de los locales permitió el de las colecciones, habiendo adquirido el rey los manuscritos de Colbert, de Delamare, de Baluze y del presidente de Mesmes,

(1) FUENTES: Las varias obras ya citadas en este capítulo y sobre todo las de Bernardo de Montfaucon: *L'Antiquité expliquée*, París, 1719-1724, 15 vol. en f.º; *Les monuments de la monarchie française*, París, 1729-1733, 5 vol. en f.º; *Lettres des Bénédictins de la Congrégation de Saint-Maur* (1705-1741), pub. por E. Gigas, París, 1893, 2 vol.

OBRAS DE CONSULTA: Aubertin, *L'Esprit public au XVIII^e siècle*, ya citada Babelón, *Le cabinet des antiques à la Bibliothèque nationale*, París, 1887-1889, 4 carteras en f.º. Boissier (Gascón), *Un savant du XVIII^e siècle, Jean François Séguier antiquaire, d'après sa correspondance inédite* («Revue des Deux-Mondes», 1.º de abril de 1871). Broglie (Manuel de), *La société de l'abbaye de Saint-Germain-des-Prés au XVIII^e siècle. Bernard de Montfaucon et les Bernardins* (1715-1750), París, 1891, 2 vol. Omont (Enrique), *Bernard de Montfaucon, sa famille et ses premières années* («Annales du Midi», 1892, 1). Geffroy, *Le Charles XII de Voltaire et le Charles XII de l'Histoire* («Revue des Deux-Mondes», 15 de noviembre de 1869). Maury (Alfredo), *Les Académies d'autrefois. L'ancienne Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, París, 1864. Monod (G.), *Du progrès des études historiques en France depuis le XVI^e siècle* («Revue historique»). Introducción del t. I, 1876). Rocheblave, *Essai sur le comte de Caylus*, París, 1889. Sainte Beuve, *Causeries du lundi*, t. VI («L'Historien Rollin»). Ferte (H.), *Rollin, sa vie, ses œuvres et l'Université de son temps*, París, 1902. Braunschwig (M.), *L'abbé Dubos rénovateur de la critique au XVIII^e siècle*, París, 1904.

(2) Véanse págs. 243-247 y 540 del tomo anterior.

(3) El abate Bignon nació en 1663 y falleció en 1743.

el gabinete de estampas de Beringhem y las grandes colecciones de Lancelot y de Sallier, en una palabra, millares de volúmenes y de documentos raros.

Enviáronse «misioneros» á Levante en busca de medallas y de inscripciones, y gracias á los subsidios facilitados por Maurepás, gran aficionado á las antigüedades, el abate de Fourmont recogió innumerables inscripciones en Grecia y el abate Sevin reunió más de seiscientos manuscritos de lenguas orientales. En Constantinopla fundóse la escuela de los «jóvenes de lengua» para copiar y traducir las obras turcas, árabes y persas; los directores de la Compañía de las Indias buscaban afanosamente libros indios; y los embajadores de Francia, la Bastie y Froulay en Italia, Bonnac en Suiza y Plelo en el Norte fueron auxiliares útiles del rey. Efectuábanse compras en Madrid, en Londres, en La Haya, en las ferias de Leipzig y de Francfort, en Venecia y en San Petersburgo. Al dejar su cargo Bignon, en 1741, las colecciones reales se habían duplicado.

Hombres públicos y particulares reunieron también importantes colecciones. Maurepás adornaba su despacho con antigüedades y á veces corría en silla de posta para adquirir una pieza curiosa ó para dibujar, en Frejús, ruinas romanas. El secretario perpetuo de la Academia Francesa, Gros de Boze, poseedor de un gabinete de antigüedades, fué nombrado custodio de las antigüedades del rey que, en 1741, hizo trasladar de Versalles á París, á fin de que estuvieran al alcance de los trabajadores. Su amigo, el conde de Caylus, comenzaba por aquel mismo tiempo una colección de antigüedades. El médico Mahudel fué numismático y aficionado á estampas, retratos y estatuitas de bronce y compró doce colecciones particulares que agregó á la suya para cederlas todas al rey en 1735. Lo propio sucedió con las colecciones de historia natural, de libros y de manuscritos del duque de Estrées.

Esta afición á las colecciones propagóse entonces á las provincias, y toda ciudad de cierta importancia tuvo sus «gabinetes» de curiosidades: en Lyon, el señor de La Tourette, presidente del Tribunal de las Monedas, conquistó una reputación por lo selecto de sus libros y la belleza de sus encuadernaciones; en Burdeos, el consejero Juan Jacobo Bel legó á la Academia de la ciudad su biblioteca, con la cláusula de que fuese accesible á todo el mundo; el señor de Valbonnais, presidente de la Cámara de las Cuentas, de Grenoble, reunió objetos de arte, y el marqués de Caumont, en Aviñón, mármoles antiguos, restos de los monumentos romanos de Provenza. El ciudadano de Nimes, Seguier, numismático, anticuario y botánico, acompañó al historiador italiano Maffei á Inglaterra, á Alemania y á Italia y sostenía correspondencia con todos los sabios del mundo.

La mejor biblioteca del Mediodía fué fundada en la primera mitad del siglo XVIII por un personaje original, Dom Malaquías de Inquimber, ex dominico que se había hecho trapense y á quien el papa Clemente XII nombró arzobispo *in partibus* de Theodosia y Luis XV obispo de Carpentras en 1735. Dom Malaquías trajo de Roma más de cuatro mil volúmenes preciosos y al pasar por Aix compró á los herederos del presidente Maurepás los diez y seis mil volúmenes dejados por este

coleccionador, negociando este asunto en secreto, por temor de despertar la envidia de los magistrados de la ciudad, y cargando sus riquezas en doce carros, con los que se puso en camino hacia Carpentras. Bien hizo en darse prisa porque le iban á la zaga; pero afortunadamente sus perseguidores no pudieron alcanzarle hasta que hubo pasado el Durance y entrado en territorio pontificio. En un vasto palacio reunió veinte mil volúmenes, más de setecientos manuscritos, una colección de medallas de cuatro mil piezas, cuadros y antigüedades, y abrió al público tan rico depósito. En todas esas colecciones trabajaron gran número de eruditos que sacaron de ellas materiales para importantes publicaciones.

Las congregaciones religiosas, particularmente los benedictinos, prosiguieron sus trabajos comenzados en el siglo anterior y acometieron otros de gran importancia. El *Recueil des Historiens des Gaules et de la France* (Colección de los Historiadores de las Galias y de Francia), destinado á reunir las fuentes historiográficas de Francia desde sus orígenes, fué comenzado por Dom Bouquet (1), bibliotecario de Saint Germain-des-Prés, quien publicó, á partir de 1737, ocho volúmenes. Otros benedictinos continuarán la publicación y después de la Revolución, Dom Brial, elegido miembro del Instituto, transmitirá la dirección de la obra á la Academia de Inscripciones. La *Histoire littéraire de la France* (Historia literaria de Francia), empresa paralela á la anterior, compónese de una serie de estudios históricos y críticos sobre las obras principales de nuestra literatura; desde 1733 á 1750 aparecieron nueve volúmenes bajo la dirección de Dom Rivet; después los benedictinos, y, finalmente, la Academia de Inscripciones proseguirán la publicación hasta nuestros días. Por último, tocante á la historia eclesiástica de Francia, Dom Dionisio de Sainte-Marthe reanudaré la obra del siglo XVII tantas veces proyectada y abandonada, y en 1715 aparecerá el primer volumen de la *Gallia christiana*; la Revolución interrumpirá, en el tomo XIII, la labor casi terminada de esta preciosa colección, que se completará con los tres volúmenes añadidos por el señor Haureau, desde 1856 á 1865 (2).

La empresa más importante acometida por los benedictinos fué la publicación de las historias de las principales provincias de Francia. Los miembros de la congregación distribuyéronse la tarea, dedicándose generalmente dos á cada provincia; y, de esta suerte, se publicaron las historias de Langüedoc, de Borgoña y de Bretaña (3). Otras provincias fueron estudiadas, particularmente la Picardía por Dom Grenier, la Turena por Dom Housseau, el Poitou por Dom Fonteneau y la Normandía por Dom Santos-Duplessis; pero sus historias quedaron incompletas.

(1) Dom Bouquet, nacido en 1685, falleció en 1754.
(2) Acerca de estas tres obras véase también pág. 245 del tomo anterior.

(3) *Histoire générale du Languedoc*, par D. Devic y D. Vaissete, 5 vol. en fol., 1730-1735. — *Histoire générale et particulière de Bourgogne*, por D. Plancher y D. Merle, 4 vol. en fol., 1738-1781. — *Histoire de Bretagne*, por D. Taillandier y D. Morice, 2 vol. en fol., 1750-1756. — A estas tres obras puede añadirse la *Histoire de la ville de Paris*, por D. Felibien, 5 vol. en fol., 1725. — Un benedictino de la congregación de Saint-Vanne, Dom Calmet, compuso también la *Histoire ecclésiastique et civile de la Lorraine*, 4 vol. en fol., 1728.

Un benedictino, hombre de talento superior, Dom Bernardo de Montfaucon (4), sobrepujó á todos los eruditos de su tiempo. Hijo de una familia noble del Langüedoc, había servido como voluntario en el ejército de Turena, en 1673 y 1674, y entrado luego en el convento. Nada místico, alegre, impetuoso, batallador, ingenioso y sagaz, fué uno de los más grandes trabajadores del siglo. Conocía la antigüedad pagana y los más antiguos escritores eclesiásticos, sabía el hebreo, el sirio y el copto; tradujo el libro de Filón sobre la *Vida contemplativa* y publicó una *Paléographie grecque* (*Paleografía griega*), que hacía pareja con el *Traité de Diplomatique* (*Tratado de Diplomática*) de Mabillon. Su gran obra fué *L'antiquité expliquée* (*La antigüedad explicada*), que apareció en 1719 y que es una especie de repertorio de todos los monumentos con figuras de la antigüedad conocidos en su tiempo. Había en ella lamentables lagunas: así, por ejemplo, Dom Bernardo no creyó deber reproducir los monumentos egipcios, por la razón singular de que «las figuras de Egipto eran demasiado extravagantes para ocupar un puesto al frente de las antigüedades;» mas no por ello dejó de imprimir un nuevo impulso al estudio de la antigüedad clásica. En 1725, cuando tenía setenta años, Montfaucon dirigió una circular á todos los sabios de Europa para la publicación de los *Monuments de la Monarchie française*. Opinaba que la historia de Francia, como la de los griegos y de los romanos, podía ser aclarada por los monumentos y que el «Tapiz de Bayeux» era un documento, como las crónicas, sobre la conquista de Inglaterra, y habría querido dar á conocer al público los trajes, las ceremonias, las banderas, las máquinas de guerra, los edificios de todos los siglos anteriores. Ayudáronle la mayoría de los eruditos y coleccionadores, sobre todo los que esperaban ver publicados objetos de sus gabinetes; pero la muerte le impidió terminar la publicación. A pesar de esto, su trabajo, tal cual es, tenía un valor considerable, porque antes de él no existía nada semejante; y, sin embargo, cuando se publicó, en 1733, tuvo poco éxito, pues el público desdeñaba la Edad media, que ya no comprendía, y la gente se admiró de que Montfaucon elogiase las catedrales góticas, que se consideraban feas y bárbaras.

Los jesuitas, por su parte, prosiguieron la publicación de las *Acta sanctorum*, hasta que su congregación fué suprimida, habiendo publicado hasta entonces cincuenta y tres volúmenes. Los dominicos publicaron los escritos de su orden (5); y un oratoriano, el P. Lelong, dió al público, en 1719, la mayor colección bibliográfica que hay sobre la historia nacional (6).

Pero la entidad que juntó, de mucho, el mayor número de eruditos, fué la Academia de Inscripciones (7). Destinada, en su origen, únicamente á componer las leyendas de las medallas reales, su organización había sido modificada por el reglamento de 16 de julio de 1701. Antes de 1715 nada notable había hecho; pero después, bajo la dirección del abate Bignon, comenzó

(4) Montfaucon, nacido en 1665, falleció en 1741.
(5) *Scriptores ordinis Prædicatorum recensiti*, 2 vol. en folio, 1719-1721.
(6) *Bibliothèque historique de la France*; redactada y completada por Favret de Fontette, 5 vol. en fol., 1768-1778.
(7) Véase la pág. 541 del tomo anterior.

grandes publicaciones colectivas análogas á las de los benedictinos, y en sus *Memorias*, que comenzaron á publicarse en 1717, insertó una serie de estudios originales sobre los más diversos asuntos.

El canciller Pontchartrain había concebido el proyecto de reunir en una gran colección todas las ordenanzas de los reyes de Francia y confiado la publicación de la misma á tres abogados, entre ellos Eusebio Lauriere; pero después de la aparición del primer tomo, en 1723, un miembro de la Academia, Secousse, encargóse de continuarla, habiéndose dado al público, durante el siglo XVIII, catorce volúmenes bajo el patronato de aquella corporación.

Una de las cosas que más deseaba la Academia era la publicación de los principales documentos de archivos concernientes á la historia de Francia; y aunque no pudo realizar este deseo á causa de la magnitud de la empresa, tres de sus individuos, Secousse, Breugnot y Lacurne de Sainte-Palaye, publicaron la *Table chronologique des diplômes* (*Tabla cronológica de los diplomas*) (1).

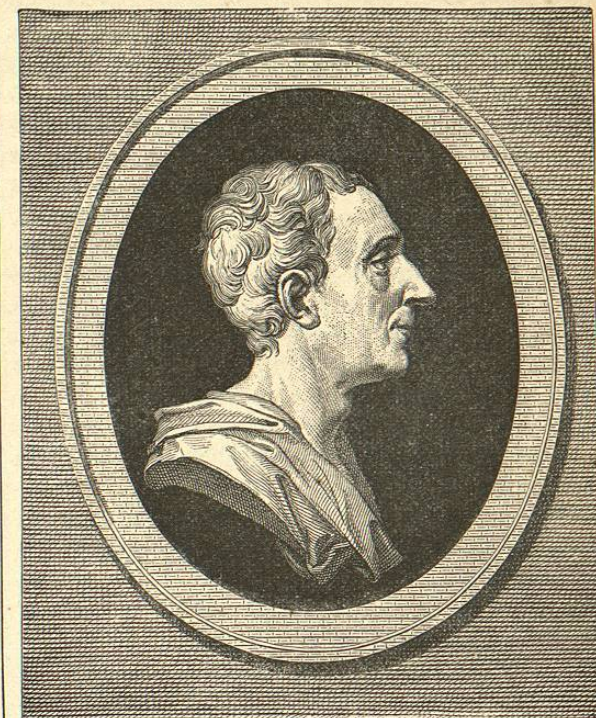
A las publicaciones colectivas hay que añadir los trabajos personales de los miembros de la Academia, que fueron importantes. Lacurne de Sainte-Palaye continuó los estudios de Ducange sobre la Edad media en sus *Mémoires sur l'ancienne chevalerie* (*Memorias sobre la antigua caballería*) y en su *Dictionnaire de l'ancien langage français* (*Diccionario de la antigua lengua francesa*), que no se ha publicado hasta nuestros días (2). El presidente Bouhier escribió unas *Remarques critiques sur les écrits de Cicéron* (*Observaciones críticas sobre los escritos de Cicerón*), y el P. Lebeuf una *Histoire de la ville et du diocèse de Paris* (*Historia de la ciudad y de la diócesis de Paris*) que ha merecido ser reeditada en nuestros tiempos (3).

Nicolás Freret (4), secretario perpetuo de la Academia, criticó, con inteligencia profunda y muy libre, las ideas corrientes sobre la antigüedad. En punto á mitología griega, destruyó definitivamente la opinión que no veía en las leyendas griegas y romanas más que una alteración de las tradiciones de la Sagrada Escritura; y respecto de los pelagos, combatió rudamente á un abogado llamado Gibert, que quería hacer descender á ese pueblo de los sirios, partiendo de la hipótesis de que Japet, antepasado de Deucalión, era el mismo que Jafet, hijo de Noé. En su estudio sobre los cimérios, publicado en 1745, señaló el orden según el cual habíanse efectuado las emigraciones asiáticas, en su marcha desde el Ponto Euxino hacia el Danubio. Freret vislumbró el parentesco de las lenguas indo-europeas.

De suerte que en el transcurso de todo el siglo XVIII, la Academia de Inscripciones contribuyó al desenvolvimiento de los estudios de erudición. Llamó á su seno á los más ilustres eruditos franceses y extranjeros y después de la Revolución podrá continuar la obra magna de los benedictinos.

(1) *Table chronologique des diplômes, chartes, titres et actes imprimés concernant l'histoire de France*, 3 vol. en fol. 1769-1783.
(2) *Mémoires sur l'ancienne chevalerie française*, 3 vol. en fol., 1759-1787. — *Dictionnaire de l'ancien langage français*, pub. por Favre, 10 vol. en 4.º, 1875-1882.
(3) *Histoire de la ville et de tout le diocèse de Paris*, 10 vol. en fol., 1754-55; nueva ed. por Augier y Bournon, 1885.
(4) Nicolás Freret, nacido en 1688, falleció en 1749.

Los eruditos siguieron estudiando las instituciones y el derecho consuetudinario de Francia: Delamare escribió el *Traité de la police* (*Tratado de la policía*) (5); Bourdot de Richebourg publicó el *Nouveau Coutumier général* (*Nuevo libro de derecho consuetudinario general*) (6), y de Auguesseau, Boncert y Hanrion de Panssey hicieron sabios comentarios sobre los textos legislativos que constituían el derecho francés, preparando con sus estudios el trabajo de los jurisconsultos que



Montesquieu. Copia del grabado de Augusto Saint-Aubin

muy pronto habían de redactar nuestros códigos modernos.

En aquel grande y admirable trabajo de la erudición francesa, paciente, ingenioso y claro, aparecen dos novedades, una de las cuales es el abandono de la historia de la Iglesia. Ésta no parece ya interesarse por sus orígenes ni por su desenvolvimiento histórico desde que la revocación del Edicto de Nantes le ha dado la victoria; y por otra parte sabe que los estudios críticos demasiado profundos ponen en peligro la fe. La otra novedad es que la erudición interviene, por decirlo así, en la vida general y tiene sus repercusiones en la política.

La curiosidad por las cosas antiguas fué grandísima y el público se interesó por las disertaciones sobre las leyes de la antigua Roma, como la *Ley de las doce Tablas* y la *Ley Semproniana*, y sobre las instituciones militares romanas. La *Antigüedad explicada*, de Montfaucon, en la que los textos latinos estaban traducidos, explicó, en efecto, la antigüedad á los lectores, que fueron numerosos; los mil ochocientos ejemplares de la primera edición se vendieron en dos meses y los dos mil de la segunda en menos de un año. Algunas veces los sabios establecían parangones entre el pasado remoto y el pre-

(5) *Traité de la police*, por Delamare y Leclerc du Brillet, 4 vol. en fol., 1705-1758.
(6) 4 vol. en 8 tomos en fol., 1724.

sente. Un benedictino, Dom Vicente Thuillier, y un sabio y célebre ingeniero militar, el caballero de Folard, se asociaron para traducir y comentar Polibio, y en el comentario, el caballero criticó el estado social de Francia y trazó retratos satíricos de generales franceses, muertos y vivos; por esta causa fué suspendida la impresión del libro, que se terminó en Holanda, y al caballero se le amenazó con la Bastilla. Pero si la antigüedad influyó en los espíritus fué indirectamente y de una manera, por decirlo así, difusa. Admiróse á Roma en la *Histoire des révolutions de la république romaine* (*Historia de las revoluciones de la república romana*) y sobre todo en la *Histoire romaine* (*Historia romana*) de Rollin (1), que fué un libro clásico, y en las *Considerations* (*Consideraciones*) de Montesquieu, libros que prepararon la restauración de la afición á lo antiguo é hicieron germinar en los espíritus esa quimera de una república á la romana que extravió á los revolucionarios.

Por otra parte, la crítica se ocupó de nuestros orígenes nacionales. Freret fué momentáneamente encerrado en la Bastilla por haber demostrado que los galos y los franceses no pertenecían á una misma raza (2), demostración que utilizó Enrique de Boulainvilliers para sentar una teoría aristocrática en la *Histoire du Gouvernement de la France* (*Historia del Gobierno de Francia*) que se publicó en 1727. Boulainvilliers opinaba que la nobleza descendía de la raza conquistadora de los francos, lo que explicaba sus privilegios y sus derechos, describía las antiguas instituciones y echaba de menos los Estados generales. El abate Dubois formuló, en 1739, una teoría totalmente contraria en su *Histoire critique de la monarchie constitutionnelle en France* (*Historia crítica de la monarquía constitucional en Francia*), sosteniendo que los francos no habían conquistado la Galia, sino que habían entrado en ella en virtud de una alianza pactada con las ciudades galas confederadas, y que los nobles, por consiguiente, no eran los descendientes de una raza conquistadora. Montesquieu intervino en la contienda en el final de su *Espíritu de las Leyes*.

La historia de la erudición en el siglo XVIII atestigua, pues, una gran actividad intelectual, en parte desinteresada y en parte con miras prácticas. Existe una correlación entre las investigaciones sobre los orígenes humanos y las investigaciones de los físicos sobre los orígenes de las cosas: historiadores y físicos sentían la misma ansia de saber y de comprender, tenían la misma amplitud de ideas y profesaban la misma pasión á la verdad.

IV.—Las letras. Poesía. Prosa. Teatro (3)

El siglo XVIII no produjo una estética nueva, sino que se mantuvo dócil á las doctrinas clásicas y obediente á las leyes de los géneros. Voltaire recomendaba que

(1) Vertot, *Histoire des révolutions de la république romaine*, 1719, 10 vol. en 12.º — Rollin, *Histoire romaine* continuada por Crevier, 1738-1742, 8 vol. en 12.º

(2) En su *Mémoire sur l'origine des Français*, publicada en 1718.

(3) FUENTES: Barbier (t. II), Dufort de Cheverny, Favart (*Mémoires et Correspondance*), Henault, ya citados. Clairón (Señorita), *Mémoires*, ed. Barriere, París, 1846. Du Deffand (Marquesa), *Correspondance complète... avec ses amis, le président Henault, Montesquieu, d'Alembert, Voltaire, Horace Walpole*, París,

«no se hablase mal de Nicolás,» es decir, de Boileau, porque «esto trae la desgracia.» Pero los tiempos y las costumbres desnaturalizan poco á poco el ideal siempre respetado por los clásicos. La contienda entre los antiguos y los modernos había destruído en muchas inteligencias la «preocupación grosera de la antigüedad,» como dijo Perrault (4); Marivaux ha publicado en 1714 una *Iliade travestie* (*Iliada disfrazada*), y Voltaire, en *Candide* (*Cándido*) declara que le ha aburrido mortalmente la lectura de aquel poema venerable, al que compara con «esas medallas mohosas que no pueden ser negociables.» La «razón» mira enteramente al porvenir, y aunque no está en uso todavía la palabra «progreso,» la idea que ésta expresa está en la mente de los escritores. Invítase á las letras á contribuir á ese progreso trabajando por la sociedad ó, como se decía en tono «respetuoso,» por «la institución social,» y es preciso que hasta la tragedia y la poesía lírica aprendan á hacerse útiles, á servir. Por otra parte acaso se necesita una poesía? La poesía, había dicho Newton, es una «tontería ingeniosa;» y los géometras preguntaban: ¿qué demuestra una tragedia? En efecto, todo el mundo exigía razones y pruebas y habíase declarado la guerra á lo que se consideraba irracional, á «lo absurdo,» entendiéndose por tal casi todo lo que durante mucho tiempo fué querido, admirado y temido, toda la religión, toda la política.

Para este combate habían de ser impropias las amplias y solemnes armaduras de antaño; necesitábase para él un equipo ligero. Abandónase el «período,» aquel período largo en el cual conjunciones y relativos señalaban el curso grave de la idea; la frase nueva, corta y viva, analiza claramente las ideas y afila los argumentos á modo de dardos, y la propiedad de los vocablos y el orden parecen ser las cualidades esenciales del estilo. Pero todavía se conserva la tradición de la elegancia y del purismo hasta el punto de empobrecerse el vocabulario (5), y los grandes educadores de la época, los jesuitas, enseñan la elección feliz de los giros y de

1866, 2 vol. Grimm, Diderot, Raynal y Meister, *Correspondance littéraire, philosophique et critique* (1747-1793), París, 1877-1882, 16 vol. (en los tomos I y II).

OBRAS DE CONSULTA: Font (Favart), Jullien (*Les grandes nuits de Sceaux*) ya citados. Bapst, *Essai sur l'histoire du théâtre*, París, 1893. Du Bled, *La Comédie de société au XVIII^e siècle*, París, 1893. Cousin (Julio), *Le Comte de Clermont, sa cour et ses maîtresses*, París, 1867, 2 vol. Jullien, *Les spectateurs sur le théâtre*, París, 1875. E. Ganderax, *La condition des comédiens au XVIII^e siècle* («Rev. des Deux-Mondes,» oct. 1887). Sainte Beuve, *Causeries du Lundi*, t. I (Adriana Lecouvreur); *Nouveaux Lundis*, t. III (La duquesa del Maine), t. VII (Señorita Collé), t. XI (Señorita de Clermont). Jusserand, *Shakespeare en France*, París, 1898.

Lanson, *Histoire de la littérature française*, 9.ª ed., París, Hachette, 1906. Id., *Voltaire*, (ya citados). Id., *Nièvre de la Chaussée*, París, 1887. Brunetiere, *Manuel historique de la littérature française*, París, 1902. Id., *Études critiques*, 2.ª y 3.ª series (Marivaux; el abate Prevost). Laroumet, *Marivaux, sa vie et ses œuvres*, París, 1882. Lebreton, *Le roman au XVIII^e siècle*, París, 1898. Schroeder, *Un romancier français au XVIII^e siècle, l'abbé Prevost*, París, 1898. Mauricio Paleólogo, *Vauvenargues*, París, 1890. Lintilhac, *Le Sage*, París, 1893. Lión, *Les tragédies et les théories dramatiques de Voltaire*, París, 1895. Bernard (Abate), *Le sermon au XVIII^e siècle*, París, 1901. Martino, *L'Orient dans la littérature française au XVII^e et au XVIII^e siècles*, París, 1906.

(4) Véanse págs. 544-548 del tomo anterior.

(5) Véanse págs. 544 y 545 del tomo anterior.

las palabras y sus discípulos son delicados en punto á pormenores.

La tendencia de los espíritus es á la ironía ingeniosa, ironía prudente, porque los parlamentos no gustan de las burlas y «mi castillo de la Bastilla,» como decía el rey, continúa en pie. Los escritores tendrán, por consiguiente, ingenio para combatir é ingenio para evitar los golpes, y pondrán un poco de ingenio en todo, para agrandar á los demás y para divertirse á sí mismos. ¡Hay tanta necesidad de divertirse después de la coacción del siglo anterior! Montesquieu ha demostrado en las *Cartas persas* que no existen «dos especies de hombres, los que se divierten y los que piensan,» y que se puede pensar divirtiéndose. Mas ya se anuncia, como contraste, una disposición enteramente nueva; al mismo tiempo que razón é ingenio, se quiere tener corazón. En las postrimerías del gran reinado ha surgido la palabra «sensible;» el mismo Luis XIV la empleó y en el siglo XVIII está en todos los labios. Aquellos seres razonables y «filosóficos» querrán, en ciertos momentos, «perder la razón,» volverse locos; y aquellos reidores, llorar y hasta «desmayarse» á la vista de las personas «emocionantes» que les ofrecerán el teatro y las novedades.

Finalmente, las inteligencias del siglo XVIII dispersanse, á causa de su curiosidad, en los asuntos más diversos, filosofía, ciencias, geografía, y por países cuyos nombres eran apenas conocidos de los clásicos del siglo XVII, anunciándose ya «los ciudadanos del universo.» Si á estos distintos rasgos se añade que las costumbres son, desde la Regencia, abiertamente libidinosas y que las bribonadas tienen asegurado el aplauso del público, se habrá trazado, en conjunto, la fisonomía del siglo XVIII hasta el momento en que, con Juan Jacobo Rousseau y otros, se iniciará la reacción de la virtud y de la seriedad.

La poesía fué muy mediana. Para los que escriben en verso, el ritmo, que no sienten, parece ya no ser más que un convencionalismo, un uso consagrado; y se contentan con adornar sus monótonos alejandrinos con «esas bellezas de detalle, esas expresiones afortunadas que son el alma de la poesía,» como decía Voltaire. Hay que notar, sin embargo, que varios versificadores supieron manejar muy bien el verso libre en sus pequeñas composiciones galantes.

El famoso poema épico de Voltaire, la *Henriade*, es una colección de «bellezas» literarias, en la que faltan la invención dramática y la vida. Publicado en 1723, revisado y enriquecido durante la estancia del autor en Inglaterra, este poema agradó por la novedad de los pormenores, por la descripción de la bayoneta, de la bomba y de los descubrimientos de Newton, y también por el vigor, enteramente latino, de ciertos versos; en él se ve que Voltaire ha sido fuerte en versos latinos en el colegio de los jesuitas.

Algunos poetas líricos multiplicaron las odas, limitándose á tratar lugares comunes de moral en versos abstractos y llenos de alegorías, ó á parafrasear pomposamente los salmos y los profetas. El más ilustre de ellos fué Juan Bautista Rousseau (1), que escogió, sin

vocación natural, el lirismo y organizó en sus odas hermosos desórdenes, siguiendo el precepto de Boileau. Por lo demás, no puede negarse que hay en él amplitud y armonía. Hasta tal punto seguía siendo clásico el gusto, que Juan Bautista Rousseau fué considerado como el príncipe de los líricos y sus obras se reeditaron hasta el año 1820.

Escribiéronse gran número de poemas didácticos. Luis Racine, «nieta de un abuelo,» como dijo Voltaire, compuso sobre la *Religión* tristes versos jansenistas. Sólo á Voltaire no fué fatal el género didáctico puesto que halló modo de tener ingenio en sus *Discours sur l'Homme* (*Discursos sobre el Hombre*).

Algunos talentos ingeniosos se percataron de que la ciencia podía suministrar temas nuevos á la poesía: la cosmogonía de Newton inspiró felizmente á Voltaire en una Epístola á la señora del Chatelet, en 1736, y después de él Malfilatre ensalzará en una oda el sistema de Copérnico, el sol fijo en medio de los planetas; pero todas éstas no son más que tentativas de poetas en busca de poesía que recuerdan los versos astronómicos de los alejandrinos. Malfilatre y los demás no han hecho sino presentar la poesía de la ciencia.

En cambio los poetas de aquel tiempo sobresalieron en los géneros pequeños, en los que sólo se requieren ingenio y habilidad, como la epístola, la sátira, á menudo puesta en diálogo ó en forma de cuento; el cuento, el madrigal, el idilio galante, las imitaciones de los elegíacos latinos, el epigrama, en el que triunfa el ingeniosísimo Pirón (2). También en esto, como en todo, encontramos nuevamente á Voltaire, que varía hasta lo infinito la forma de esas composiciones cortas, que unas veces son monólogos, otras sueños, otras escenas orientales. Describe con complacencia todo cuanto embellece la vida: las fiestas, los muebles bonitos, las porcelanas, «lo superfluo, cosa tan necesaria,» y asimismo los sentimientos moderados y delicados, la amistad, la resignación á envejecer y el placer que las letras proporcionan. La *Epître à Horace* (*Epístola á Horacio*) sería la obra maestra de esta poesía epicúrea, si no fuesen aún más exquisitas algunas estancias dedicadas á la señora del Chatelet, escritas en 1741, sobre el amor y la amistad, la epístola de los *Tú* y de los *Vos*, dedicada á la señorita de Livry y el madrigal á la princesa Ulrica de Prusia.

En la prosa, hay que colocar en puesto aparte á un escritor, genio que sólo fué conocido de algunos contemporáneos, y aun por fragmentos (3), el duque de Saint-Simón (4). Retirado de la corte después de la muerte del Regente, Saint-Simón, con sus recuerdos, con notas por él tomadas y con el diario de Dangeau, revivió su vida entre los años 1699 y 1722. Él es el gran testigo del final del reinado de Luis XIV, testigo malévolo, obstinado en ideas poco numerosas entre las cuales las hay ridículas, muy capaz de inexactitudes y, á pesar de haber sido un hombre honrado, de errores que parecen mentiras pasionales; testigo del cual, por consiguiente, debe desconfiarse. Pero, con sus «miradas clandestinas» observó los gestos, los semblantes, las escenas pequeñas y grandes y sobre todo las trágicas,

(2) Pirón, nacido en 1689, murió en 1773.

(3) La primera edición completa de las *Mémoires* es de 1820.

(4) El duque de Saint-Simón, nacido en 1675, falleció en 1755.

(1) Juan Bautista Rousseau, nacido en 1671, falleció en 1741.